

a los viajes espaciales, la ciencia-ficción y sus trucos con respecto al Tiempo, pueden haber enturbiado ese punto de vista convencional.

Podemos creer que un observador situado en un lejano planeta, utilizando sus dos cabezas y cinco tentáculos a modo de astronomía avanzada, acaso pudiera estar echando una ojeada a la batalla de Hastings y preguntándose cuál de los dos bandos resultará vencedor. Y sabemos que esos astrónomos nuestros que, por así decir, están aguzando el oído y la vista al máximo, en realidad están considerando el inimaginablemente lejano pasado del universo, están contemplando el Tiempo a través del espacio. En verdad, eso es lo que hacemos nosotros mismos siempre que por la noche alzamos la mirada al firmamento, donde el titilar de una estrella se halla en nuestro tiempo presente, pero la estrella que titila puede estar tan muerta como la reina Ana.

De paso, incluiremos una nota sobre la cuestión de la escala. La mayoría de los textos científicos que he leído, o intentado leer, durante los últimos diez años, trataban temas que estaban fuera de la escala media en la cual se halla cómodo nuestro pensamiento. Trataban de cuestiones increíblemente vastas o inconcebiblemente diminutas, del movimiento de las galaxias o del torbellino de electrones y neutrones. La mesa en que estoy escribiendo se adapta cómodamente a nuestra

escala y nuestro tiempo. Pero, tan pronto como nos salimos de nuestra escala, esta mesa se desvanece. Desde el punto de vista galáctico, esta mesa simplemente no existe. Por otra parte, a sus electrones y neutrones esta mesa puede parecerles un universo inimaginablemente vasto, multidimensional, por siempre perdurable.

Ahora bien: si exigimos que cualquier idea del Tiempo incluya todas estas cosas tan alejadas de nuestra escala, desde Andrómeda hasta un protón, creo que empezaremos en medio de la confusión (eso es inevitable) y pronto terminaremos en el caos y en la demencia. Así, pues, pienso en el Tiempo dentro de nuestra escala, en alguna zona situada entre las galaxias y los electrones, la escala según la cual, en algún punto intermedio, esta mesa sigue siendo una mesa y yo puedo continuar escribiendo en ella.

A despecho, sin embargo, de esa leve suavización de la situación, de las piezas sobre los viajes espaciales y de las novelas de ciencia-ficción, el concepto convencional del Tiempo apenas ha cambiado una pulgada desde que yo escribí sobre él, hace cerca de treinta años.

Por eso afirmé que la confusión es inevitable. El sentido común nos dice todavía que todo es real solo cuando es Ahora, en el momento presente. Todo lo que sea no-Ahora, no existe. La realidad se nos sirve en estas finas lonchas



El concepto convencional del Tiempo consiste en que este se compone de una sucesión de «Ahoras» o instantes. A la izquierda, una expresión de un «Ahora»: fotografía ultrarrápida de una bala cortando un naipe.



Arriba, una masa de líneas y formas, entre ellas una ballena y (derecha) un lagarto, que fueron trazadas en el desierto peruano por una civilización preínceca, quizá como parte de un gigantesco calendario. Estas figuras de animales son tan grandes, que quienes las dibujaron solamente dominarían una fracción del dibujo a la vez. Debieron de avanzar de manera muy similar a la que, para mucha gente, parece avanzar firmemente el «Ahora» (o presente), como la imagen de Priestley de una ranura en una barrera móvil (pág. 76). Sin embargo, del mismo modo que aquellos desconocidos artistas pudieron visualizar todo el dibujo sin disponer de la fotografía aérea, así podemos percibir (y experimentar) más de lo que es estrictamente el instante presente. Nuestra consciencia incluye el pasado y el futuro.

